



XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO– CICLO B

5 de septiembre de 2021

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos nosotros.... **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Nos reunimos en el nombre del Señor y él está con nosotros con su Palabra y con su presencia en la Eucaristía. Nuestros sentimientos tienen que ser de acción de gracias a Dios por los dones que de él recibimos, especialmente por el don de la fe que hemos recibido en el bautismo. Somos hijos de Dios y hemos de sentirnos también hermanos de todos y procurar dar buenos ejemplos de vida con palabras y obras. Ser cristiano es serlo en nuestra vida de cada día.

Nos disponemos ahora a participar con fe y devoción en este encuentro religioso del domingo. [**CANTO**]

ACTO PENITENCIAL

Pedimos a Dios que disponga nuestro corazón para que vivamos con mucho fruto espiritual nuestro encuentro de hoy.

. - Tú eres la verdad,

R/ Señor, ten piedad.

. - Tú eres el camino,

R/ Cristo, ten piedad.

. - Tú eres la vida,

R/ Señor, ten piedad.

Amén.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos,
te glorificamos, te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.



Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor, sólo tú, Altísimo Jesucristo,
con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh, Dios, por ti nos ha venido la redención
y se nos ofrece la adopción filial;
mira con bondad a los hijos de tu amor,
para que cuantos creemos en Cristo
alcancemos la libertad verdadera y la herencia eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo. **R/ Amén.**

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro del Isaías (35, 4-7a)

Decid a los cobardes de corazón: «Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará.» Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará. Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa, el páramo será un estanque, lo reseco, un manantial.

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial **Sal 145, 7.8-9a.9bc-10**

R/. Alaba, alma mía, al Señor
R/. Alaba, alma mía, al Señor



Que mantiene su fidelidad perpetuamente,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.

El Señor liberta a los cautivos. R/.

R/. Alaba, alma mía, al Señor

El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos,
el Señor guarda a los peregrinos. R/.

R/. Alaba, alma mía, al Señor

Sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.

El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad. R/.

R/. Alaba, alma mía, al Señor

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol Santiago (2, 1-5)

No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo. Por ejemplo: llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos; el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís: «Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.» Al pobre, en cambio: «Estate ahí de pie o siéntate en el suelo.» Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que lo aman?

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]

EVANGELIO: Lectura del santo evangelio según san Marcos (7, 31-37)

En aquel tiempo, dejó Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo: «Effetá», esto es: «Ábrete.»



Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO -B- MARCOS (7, 31-37):

La Palabra de Dios nos anima hoy, por medio del profeta Isaías, a arrinconar el desánimo o la cobardía de corazón, porque Dios en persona nos trae el desquite de tantas limitaciones como constriñen nuestra vida. Y ofrece unos signos de que esa liberación no es una vana ilusión: “se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo y la lengua del mudo cantará”, dice el profeta.

El evangelio que hoy hemos escuchado nos recuerda dónde realizó Jesús esos signos que presagiaban la llegada del reinado de Dios: en el territorio pagano de Tiro y Sidón. ¿Por qué allí y no en Jerusalén? Porque allí encontró una fe sincera y conmovedora, que no se rendía ante el aparente silencio de Dios. Mientras que a los fariseos de Judea sólo les preocupaba si se tenían bien lavadas las manos antes de gustar el pan o si el paralítico recién curado no podía llevar la camilla donde yacía porque era sábado, la mujer sirofenicia, que pedía la salud para su hija, se contentaba con las migajas que caían de la mesa de los hijos. Una fe tan sincera hizo exclamar a Jesús: “Mujer, qué grande es tu fe. Que te suceda como deseas”. En aquella tierra de paganos, despreciada por los que se consideraban justos, le presentaron un sordomudo para que le impusiera las manos. Jesús lo apartó de la gente, le metió los dedos en los oídos, tocó su lengua y mirando al cielo, a su Padre, dijo en su lengua aramea: “Effetá”, que significa: “ábrete”, y aquel pobre hombre empezó a hablar y a oír.

Este episodio no es una pura anécdota, sino que, como ocurre con todos los hechos y dichos de los evangelios, contiene alguna enseñanza, que no podemos echar en saco roto. Por de pronto, el sordomudo es un claro símbolo del hombre y la mujer atados porque carecen de libertad interior. El sordomudo no podía oír a los que convivían con él, ni podía comunicarse con ellos. Era incapaz de una vida autónoma. Lo mismo que el sordomudo es quien está privado de libertad interior para hacer el bien. No logra hacer lo que reconoce como verdaderamente bueno, aunque proclame la libertad a los cuatro vientos. En la oración del principio, pedíamos a Dios que nos ayude a “alcanzar la libertad



verdadera y la herencia eterna”. ¿Qué es la libertad verdadera? La capacidad de hacer no lo que me apetece o me da la gana, sino el bien: lo que es bueno; el ser responsable, aunque cueste; amar al que me necesita cuando resulta más cómodo desentenderse de él... Por decirlo con palabras del apóstol san Pablo: la capacidad de “hacerse esclavos unos de los otros por amor”.

Jesús se llevó el sordomudo aparte, porque en medio del bullicio no es fácil comportarse con libertad, sino que se tiende a hacer lo que hace todo el mundo. Para ser libres de verdad hay que entrar dentro de uno mismo, reflexionar y orar.

Y, metiéndole los dedos en los oídos y tocándole la lengua, dijo con autoridad: “Effetá” (“ábrete”). Y al momento —dice el texto del evangelio— “se le abrieron los oídos, se le soltó la lengua y hablaba sin dificultad”. Es una imagen muy expresiva de la libertad interior: aquel sordomudo ya podía oír a Dios y bendecirlo con sus obras sin ninguna traba ni miedo. Esta libertad es un don de Dios.

Muchos no entienden que atarse unos a otros por amor sea la suprema manifestación de la libertad. Pero así es en realidad: atarse a la esposa o al esposo con fidelidad, atarse a los hijos para educar su personalidad todavía frágil, atarse a los padres para agradecer su entrega o atarse a todo el que nos necesita... ¡cuánta libertad interior se requiere para vivir así! Pero, ¡qué distinto es el mundo cuando esto sucede!

Jesús fue reconocido por aquellos paganos de la Decápolis por este signo, y decían: “Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”. ¿Seremos nosotros capaces de reconocer que es él quien nos hace capaces de hablar y oír con verdadera libertad?

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.



ORACIÓN DE LOS FIELES:

Presentemos ahora nuestras plegarias a Dios, que es nuestro Padre:

Podemos responder: “**¡Te rogamos, óyenos!**”

1.- Para que los cristianos seamos fieles a la gracia del bautismo que nos hizo hijos de Dios, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

2.- Para que Dios bendiga las distintas actividades que se realizan en nuestras comunidades parroquiales, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

3.- Para que sepamos dar gracias a Dios por los dones de su amor, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

4.- Para que los más necesitados se sientan acogidos en nuestra sociedad, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

5.- Para que descansen en paz nuestros hermanos difuntos, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

Acoge, Señor, estas oraciones que te presentamos con fe y confianza. Te lo pedimos por intercesión de Santa María, la Virgen, Madre de la Iglesia y de Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
la mesa que compartimos los cristianos
y que refleja de manera imprescindible
la igualdad de todos los seres humanos ante Dios nuestro Padre,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...



[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Concédenos, Señor,
que podamos vivir siempre
experimentando los dones de tu amor.
Te damos gracias por el bautismo que hemos recibido
y te pedimos que seamos buenos discípulos de Jesucristo,
tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Despedida

Santa María, Madre de la Iglesia,
R/ Ruega por nosotros.

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.
R/ Amén.

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.